

AGENDA CIUDADANA

LA OTRA GRAN CORRUPCION Lorenzo Meyer

La Gran Empresa como Gran Corrupción.- Cuando entre nosotros la atención se dirige hacia alguno de los muchos temas relacionados con la omnipresente corrupción, esa interés generalmente se centra en el campo de la política y de la administración pública, no de la privada. Y las razones para ello sobran. Como conjunto y sabiendo que siempre han existido las excepciones, las autoridades mexicanas desde los tiempos coloniales tienen la bien ganada fama de corruptas, de tener un sentido patrimonial de sus cargos y hacer que éstos sirvan a sus intereses personales a costa del interés público, ya sea apoderándose directamente de los recursos, extorsionando a los gobernados o empleando su influencia y la información confidencial para hacer negocios sin importar que se incurra en conflictos de intereses. Sin embargo, unida a la anterior, como segunda cara de la misma moneda, está la otra corrupción, la del sector privado, y en este tiempo de privatizaciones y predominio del mercado, esa corrupción debe estar en el lugar que merece: el central.

Los teóricos y partidarios del neoliberalismo y de la economía de mercado, han insistido y siguen insistiendo en que una de las mejores formulas para evitar la corrupción pública es disminuyendo al máximo el sector público. Desde esta perspectiva, entre menos recursos y menos áreas de responsabilidad social tengan funcionarios y políticos, menores las oportunidades para la corrupción. Sin embargo, el hoy tan discutido caso de la empresa texana y transnacional de energía eléctrica, Enron, nos dice que la corrupción privada está aprovechando el

campo que le abre la tendencia a dejar las grandes decisiones sobre la generación y reparto de la riqueza a la “mano invisible” y que, por tanto, esa corrupción --que entre nosotros se había mantenido un tanto al margen del escrutinio público--, bien puede llegar a ser tan grande y dañina, como la pública. Hay que tomar medidas, ya.

La Falta de Empatía.- Casi al final de un viejo film, “Los juicios de Neuremberg”, uno de los personajes afirma: “por un largo tiempo me he preguntado ¿cual es realmente la fuente del mal [del nacionalsocialismo]? y creo que al fin tengo respuesta: es la completa ausencia de empatía de los criminales frente a sus víctimas [o frente a cualquier otro que no pertenezca a su círculo]”. Pues bien, *mutatis mutandi*, esa respuesta también parece válida para explicar otro tipo de conductas criminales, como la corrupción en gran escala --tanto la pública como la privada--, y que si bien nada tienen que ver con campos de exterminio, si puede hundir a países --como en el caso argentino-- o al menos causarles daños severos en su economía pero, sobre todo, en su moral colectiva.

Viendo por CNN hace un par de semanas el testimonio ante congresistas de Estados Unidos del señor Jeff Skilling --alto directivo de la empresa norteamericana de energéticos Enron, y uno de los personajes centrales en el mayor escándalo financiero de los tiempos que corren--, no queda mucha duda de que ese personaje --salido, entre otros lugares, de la Escuela de Negocios de Harvard-- y todo su grupo, no podían ni querían tener el menor sentimiento de afinidad, de empatía o de respeto, por los miles de empleados a los que arruinaron con sus manejos financieros corruptos ni menos por el “hombre común”, al que indirectamente esquilmaron y que apenas se puede imaginar su

costosa e impresionante forma de vida. En realidad, esa negativa a ponerse en el lugar del otro, parecería ser justamente uno de sus propósitos y una de las razones del éxito de personajes como los ejecutivos de Nerón. La ausencia de escrúpulos era –y es— un requisito para ese tipo de vida, que busca ingresos fuera de toda proporción al valor real de su trabajo, (una cierta idea del mundo y los valores de los altos ejecutivos de Enron y empresas similares, se encuentra en Newsweek, 11 de marzo, 2002).

Perfectamente consciente de la falta de empatía de sus altos ejecutivos con el ciudadano trabajador, pero, a la vez, conscientes de que el hacerlo evidente va contra su interés, los directores del banco Barclays –el segundo más importante del Reino Unido-- despidieron a cinco de los ejecutivos de Barclays Capital, la rama de inversiones de esa gran empresa. Y la razón de su despido no fue tanto por lo que hicieron, sino porque permitieron que se supiera lo hecho. ¿Y qué fue lo que se supo?, pues que en julio del 2001—año en que la economía mundial ya estaba en una mala situación--, y para celebrar un estupendo contrato, los cinco en unión de un recién llegado a la empresa, se fueron a cenar al restaurante Petrus, de Saint James Street, en Londres, y en esa cena se gastaron la friolera de 44, 007 libras esterlinas, es decir, como 62 mil dólares o 562,000 pesos. ¿Cómo es posible gastar en una cena casi cien mil pesos por persona sin morir de congestión?, pues fácil si se ordena, para empezar, una botella de Chateau Petrus Pomerol cosecha 1945 y que cuesta 11, 600 libras, casi 95 mil pesos (Carlos Salinas, según nos dice Julio Scherer en Estos años p. 84, también gustaba de vinos embotellados casi medio siglo atrás, en 1948, aunque más modestos:

Chateau Mouton Rothschild), y se cierra con otros vinos sólo un poco menos caros y con una propina de 12 mil pesos (El País, 26 de febrero).

Conviene notar que a diferencia de lo que ocurría en Enron, los seis funcionarios de Barclays no pretendieron cargar la cuenta a sus gastos de representación, sino que la pagaron de su bolsillo. De todas maneras se les despidió. Sus superiores consideraron, y con razón, que la cena del exceso, además de ser un indicador de los ingresos de los altos cargos en tiempos que se suponen son de crisis, resultaba una bofetada, un insulto, para los 1,800 empleados que Barclays se disponía a liquidar. Y es que, en última instancia, en las condiciones de los banqueros ingleses, sus altísimos ingresos aunados a su bajísima sensibilidad frente a las condiciones de vida del grueso de la humanidad, resulta ya una forma de corrupción.

Dos (o más) Varas para Medir.- A Giovanni Hurtado Avilés, un joven capitalino de 19 años a quién recientemente se le descubrió y arrestó cuando intentaba usar una credencial que no era suya para entrar de manera gratuita al Metro de la Ciudad de México y ahorrarse dos pesos por viaje, nuestras duras autoridades lo acaban de sentenciar a cuatro años de prisión por “falsificar un documento público” (Reforma, 24 de febrero y 9 de marzo). El contraste de ese caso, es la situación de algunos de los banqueros mexicanos acusados de cometer fraudes por millones de dólares durante los últimos años del viejo régimen priísta, como son los casos de Angel Isidoro Rodríguez, “El Divino” o Carlos Cabal Peniche. Y ese contraste difícilmente podía ser más brutal, pues de haberse aplicado los mismos patrones al joven Hurtado y a los banqueros cuatro años de cárcel por un fraude de dos pesos— éstos últimos estarían cumpliendo

una condena de cadena perpetua, pero en cambio los defraudadores de millones de dólares están en libertad, gracias a sus buenos abogados y a la existencia de puertas legales de escape, diseñadas justamente con el propósito de salvar a aquellos poderosos cuya buena estrella les abandonara por un momento y permitiera que fueran llevados ante un juez.

Entre dos Extremos.- Entre dos corrupciones, la obscenidad de los altos ingresos de los ejecutivos de Barclays en tiempos de crisis, y el fraude mundo y lirondo de Enron, donde los ejecutivos falsificaron las cuentas para aumentar el valor de sus propias acciones, venderlas y luego dejar que la empresa se desplomara, hay un enorme abanico. Está, por ejemplo, el caso de Global Crossing, de Bermudas, que como Enron, infló el valor de sus acciones y su presidente se hizo de 630 millones de dólares antes de que los accionistas se dieran cuenta de la falsedad de los datos. ABB, una empresa helvético-sueca, acaba de acusar públicamente a sus dos primeros presidentes por haberse dado, mediante procedimientos turbios, unas pensiones de alrededor de 130 millones de dólares mientras los accionistas de la empresa vieron como se devaluaban sus documentos en dos tercios. El director financiero de Nortel llevó a cabo la transferencia de alrededor de 170 mil dólares a un fondo de pensiones para él justo antes de anunciar despidos y los malos resultados anuales de su empresa. Allied Irish Banks anunció un fraude interno en el cambio de divisas por alrededor de 700 millones de dólares. France Télécom, que tiene participación en Mobilecom de Alemania, pidió el despido del gerente de esta última, al descubrir que su esposa uso parte del capital aportado por los franceses para efectuar una gran operación especulativa en su beneficio personal. En España está el famoso

caso Gescartera, otro gran fraude a los inversores –80 millones de dólares-- hecho posible por la complicidad de la Comisión Nacional del Mercado de Valores. El presidente de Worldcom, en Estados Unidos, ha tenido que vender un gran rancho en Canadá –66 mil hectáreas— para pagar un préstamo por 375 millones de dólares que le hizo su propia empresa en condiciones muy especiales, algo similar a lo que ocurría aquí al momento de estallar la crisis del 95, pero a diferencia de lo ocurrido en Worldcom, en México algunos de esos préstamos especiales o autopréstamos los estamos pagando los contribuyentes, (El País, 24 de febrero).

Dice el refrán “la burra no era arisca, los palos la hicieron”. Hoy en Estados Unidos, el cuerpo encargado de vigilar a las empresas que cotizan en bolsa, la Securities and Exchange Comisión (SEC) está recibiendo 525 comunicaciones diarias del público que sospecha de manejos fraudulentos en la contabilidad de las empresas que tienen sus acciones en el mercado; se trata de un aumento del 45% respecto del pasado reciente, y es un indicador de que la indispensable confianza en el mercado, ya no es lo que era. (El País, 18 de febrero). Los legisladores norteamericanos están bajo presión para cerrar algunas de las grietas legales por donde se cuela la corrupción al mercado.

En nuestro país aún está por escribirse la historia interna de la privatización. Hasta ahora sólo tenemos sospechas de trato preferencial a los favoritos del gobierno en la venta de los bancos y las otras grandes empresas. Hay que investigar los entretelones de la venta de los bancos a no banqueros que luego los quebraron, las concesiones a construir carreteras a quienes luego le pasaron la deuda al público, la venta de una compañía de televisión a quien

simplemente volvió a seguir los patrones de sumisión al gobierno y de elaborar cultura chatarra ya bien establecidos por el monopolio ya existente, la empresa telefónica a quien se autorizó un gran aumento de las tarifas, etcétera. Desde luego que en este campo la historia mexicana no es única, la historia mundial de las privatizaciones en los últimos tiempos es la historia de la voracidad y la corrupción en grande, y para ejemplificarlo fuera de nuestras fronteras está, entre otros, el caso ruso.

Lo Posible de una Misión Imposible.- La corrupción ha acompañado a la historia de la civilización. Erradicarla es imposible, pero hay que actuar como si fuera posible para, en la práctica, mantenerla a raya y darle una oportunidad a la decencia, a la dignidad y al sentido real de la justicia.

En México aún tenemos mucho que hacer en materia de rendición de cuentas de la clase política del régimen pasado, que resultó una experta en prácticas corruptas a gran escala –el caso que hoy se investiga sobre el desvío de fondos de Pemex a su sindicato y el PRI, es sólo el ejemplo más reciente. No hay que perder tiempo en meter en cintura a la nueva clase política –el caso del alcalde panista de Atizapán, muestra que la raíz del mal no se arranca con el mero juego de la alternancia. Sin embargo, y a la vez, hay que construir los instrumentos y los mecanismos para que el terreno que se gane en la vieja lucha contra la corrupción pública, no se vaya a perder frente a la corrupción privada.

El nuevo régimen mexicano está encabezado por la derecha, y precisamente por ello está particularmente obligado a observar una gran congruencia entre sus intereses como abanderado de los empresarios, su discurso sobre el bien común y la ética en su modo de gobernar. Los favoritos

del régimen, los empresarios, son justamente los que ahora se encuentran en la posición que debe ser más vigilada para impedir que México pase de ser un país de corrupción pública dominante a uno donde ese papel lo juegue la privada.